

pronto se ve el sentido práctico, el amor personal, por encima de todo. Sólo se casa con ella porque sabe que pronto ha de morir. Y así sucede. Hay detalles de amargas reflexiones. Su entrada al convento donde cree encontrar tranquilidad, y paz para su espíritu, lo desilusiona, encuentra carencia moral, y poca seriedad. Renuncia al poco tiempo. El personaje se dice así mismo: «Yo sé mi problema, y me he convencido de mi absoluta soledad. Se puede ser virtuoso en el fragor del mundo». Este cuento en que aparece la vida conventual, de tener una base verídica sería un verdadero documento y de gran importancia. Hay en él observaciones que martirizan, e invitan a pensar. ¿Es imaginación o realidad? Todo en él indica que tiene una base cierta, tanto por el ambiente y los personajes tan visiblemente logrados.

«La Señorita», «La Red» y «Mundo Inmóvil», son los cuentos que siguen a continuación. Largo sería informar sobre su contenido. Pero aseguramos que ellos, no desmerecen al lado de los tres ya anotados anteriormente.

Nos resta decir que Luis Merino Reyes, con «Los Egoístas», entra sin tropiezos, ni vacilaciones, al grupo de los prosistas aparecidos últimamente, con cualidades que auguran un porvenir en el género del cuento. Hay nobleza, altivez y valor humano. Demasiado valor, y necesario para decir realidades que hasta ahora no se habían dicho.—FRANCISCO SANTANA.

<https://doi.org/10.29393/At206-15HRMR10015>

UN HOMBRE Y UN RÍO, por *Waldo Urzúa*

Una novela que se lee con interés creciente, lleva en sí una virtud primordial al lograr la finalidad primera que debe exigírsele a este género literario: entretener, que es lo único que pide el lector corriente que busca en las novelas un medio fácil y cómodo de evadirse de la realidad que lo circunda. Esta

es la cualidad fundamental de «Un hombre y un río», novela de Waldo Urzúa. Una vez que la lectura se inicia, se siente uno de tal manera cogido que, terminada de leer e incorporado al mundo objetivo, le parece que era el clima novelesco el verdadero y ficticia la realidad en que ha de sumirse nuevamente. Hay, pues, en Waldo Urzúa la calidad de un novelista nato que sabe de los recursos secretos y misterioso que requiere este género, lo cual no se logra a veces ni con voluntad ni con inteligencia y cultura.

Al lector corriente no le preocupa mayormente si el tema ya ha sido enfocado por otro escritor, si hay en la obra tal o cual influencia o si la técnica es anticuada. El se ha estremecido de emoción durante varias horas, se ha sumergido en el ambiente de la novela respirando su propio aire y los personajes ficticios han cobrado ante su imaginación tal relieve que ya le parecen seres vivientes con quienes ha convivido algún tiempo: se encariña con ellos o los odia, sigue sus vicisitudes, se alegra con sus triunfos y padece con sus desgracias. Para él la novela tiene tanto mayor mérito cuanto más se aproxima a su propia existencia vivida o imaginada. De ahí su indignación cuando advierte inverosimilitudes o personajes acartonados, muñecos elaborados diestra y pacientemente por gente de buena voluntad que pretende la categoría de novelista. Muy otra es la actitud del lector que lee en crítico. Desde luego, más que exaltar las bondades de la obra se preocupa. escalpelo en mano, de hurgar en los recovecos para hacer relucir los defectos. Y si no lo hiciera, pensaría que no llenaba su misión de crítico en su finalidad de policía a quien se le respeta por el temor que inspira.

Diré la reacción que como lector vulgar suscitó en mí la lectura de esta novela, además de la ya expuesta de entretener.

Waldo Urzúa novela la niñez y adolescencia de Javier Sánchez, muchacho que ha nacido en la Isla de Maipo. Al re-

ferirse a los primeros años de su niñez, sabe Waldo Urzúa pintar con emoción y naturalidad la plácida vida rural en un tono bucólico de atemperado lirismo. Sin duda las mejores páginas de la novela la encontramos en esta primera parte en que evoca la aldea y sus alrededores agrestes y en que pinta a sus principales personajes: el padre de Javier. Don Valeriano, comandante de policía, hombre bonachón, de la mejor estirpe criolla, que aun conserva las recias virtudes de la raza, mezcla de bondad ingenua y de energía violenta y cruel, como lo demuestra la escena en que se bate y reduce despiadadamente a unos bandidos que pretenden asesinarlo. Destaca también en esta primera parte la bondad noble de Filidor Herrera, el maestro de escuela que descubre la inteligencia de Javier, y a cuya iniciativa envía a éste, por cuenta del pueblo, a continuar sus estudios a la capital. En Santiago, ingresa Javier a un internado, donde estudió los seis años de humanidades que fueron para él «seis jornadas iguales, monótonas, sin atractivos, ni siquiera intelectuales, en un régimen en que debía aprender, muchas veces, de memoria, nociones que no había tenido tiempo de comprender...». No es optimista la pintura que hace Waldo Urzúa del ambiente escolar, en el cual se inicia la rebelión íntima de Javier. Criado a plena intemperie, sin otros horizontes que los recortados por los cerros, sin escuchar otro rumor que el del río, Javier se ve aprisionado por los muros carcelarios del edificio del colegio, debiendo llevar su vida entre los patios estériles y las salas desmanteladas y frías. Ello le hizo añorar con mayor fuerza aun la vida libre de su aldea. En fin, pasaron esos sórdidos años de estudio, o mejor dicho, de aprendizaje, y lo tenemos ya en la Universidad estudiando derecho. Nueva vida, horizontes inéditos, amigos cordiales. Entre sus compañeros, intima con un estudiante centroamericano, poeta, simpático, alegre, tarado por la tuberculosis y enfiebrado por la pasión sexual, tejiendo a su alrededor con su imaginación tropical una leyenda donjuanesca, inocente si ella no

hubiera sido otra conquista que la de su propia vida. Los rasgos que caracterizan a este estudiante están trazados rotundamente, y es emocionada su muerte lejos de su patria. Pronto se destaca Javier como alumno distinguido. Frecuenta centros estudiantiles, asiste a reuniones con reformadores sociales, y comprueba la mezquindad e hipocresía de éstos, cuya preocupación es el logro de la popularidad. De entre éstos se destaca Pedro Varas, hijo de una mujer de la vida que trabaja por educarlo. Al saberse despreciado por Javier, se suicida. Vive Javier en una modesta pensión arrabalera. Allí conoce a dos mujeres de condición social inferior a la suya. Una de ellas, mayor que él, es su amante, y él le devuelve con gratitud el doble servicio que de ella recibe: el placer de su cuerpo encendido de pasión otoñal y la ayuda económica.

La vida de Javier en Santiago es triste, ya ha apuntado en su espíritu ese inquietante desasosiego que ha de tornarlo en un solitario, inconformista, orgulloso. Aparece ya el tímido que con voluntad va venciendo brillantemente su etapa de estudiante universitario. Anda por calles y paseos en un ambular inconsciente, llenando su alma de vagas ensoñaciones, nostálgico no ya de su aldea, sino de otro mundo, que no sea éste en que advierte en los hombres pasiones arteras y egoísmos turbios. Sin otra compañía que la propia de su alma, vence su soledad con sus triunfos como estudiante. Así, lo vemos escribiente del abogado Ruperto Alvarez. Exacto retrato del político reaccionario, ladino, y del hombre de la clase media que merced a su arribismo a llegado a la cima económica y social. Se encariña con el modesto y activo escribiente, y consigue casarlo con una de sus sobrinas, Adela. La condición social de ésta es superior a la de Javier; ya esto es un obstáculo para la total comunión entre los cónyuges, Javier no se siente bien en este ambiente aristocrático en que ha de vivir, de gente ávida de goces, sin cultura ni espíritu. Se distancia de su mujer y se disgusta con su jefe. Viene su ruina moral y económica, debiendo acep-

tar la ayuda de su propia esposa, venciendo su natural orgulloso. Vuelve a su antigua amante y en sus brazos se siente fortalecido. Adela enferma, se reconcilian. Pero el alma de Javier está desecha y busca en el alcohol refugio. Se embriaga varias veces. Se entrega a la pasión amorosa con una amiga de Adela, casada con un femonoine aristócrata. Mas todo se arregla y hasta se reconcilia con su antiguo protector, y aun se encuentra una solución al pleito que éste defiende en que pretende arrebatar las tierras de su cuñado. Hace un viaje a la Isla de Maipo en compañía de su mujer y amante. En el almuerzo bebe Javier más de la cuenta y se embriaga. Y cuando estaba junto al río escuchando su rumor eterno, su amante le anuncia que tendrá de él un hijo, y nuevamente en una síntesis instantánea surge su vida sin sentido ni arraigo moral y en un raptó de desesperación, se lanza a las aguas. «La seducción del río atrajo para siempre al hombre que lo amara, y cantando seguía con él, camino del mar».

He ahí en síntesis el nervio de la novela. Se ha dicho que ella, al pintar a un joven provinciano que llega a la conquista a la Capital, se ha repetido lo que tan admirablemente noveló Blest Gana en Martín Rivas. Verdad es que Javier Sánchez y Martín Rivas son muchachos modestos de provincia que llegan a Santiago a estudiar derecho y que terminan casándose con mujeres de la clase alta. Pero también es verdad que entre ambos no hay la menor similitud psicológica, además el ambiente y las circunstancias en que actúan es muy diferente. Bien sabemos que casi toda la clase media que ha dado políticos, profesionales, escritores, viene de provincia; de suerte que no se podría, para no caer en la imitación o plagio, hacer héroe novelesco a ningún joven llegado de provincia porque ya lo hizo Blest Gana. No vemos mucha solidez en esta acusación que se hace a Waldo Urzúa para subestimar su novela. Javier Sánchez es en el fondo un tímido, que lleva en su naturaleza un complejo que le impide vencer heroicamente las difi-

cultades que se le presentan, un tímido que se supervaloriza y para disimular su timidez se manifiesta orgulloso; y cuando su orgullo es vencido, busca consuelo en los brazos de cualquier mujer o en el alcohol. Si algún parentesco tiene Javier Sánchez con personajes novelescos chilenos es con Lucho Bernal, el perdido de la novela de Eduardo Barrios. También se ha afirmado que estas novelas de jóvenes provincianos tienen su antecedente en la «Novela del Joven Pobre» de Octavio Feuillet. Con igual razón, podríamos decir, ateniéndonos a la calidad de tímido del personaje principal, que también deriva de la «Educación Sentimental» de Flaubert. Pero todo esto no tiene importancia. Son simples lucubraciones eruditas de lectores que leen en crítico.

De acuerdo con la técnica de la novela tradicional, la de Waldo Urzúa está lograda. La arquitectura novelesca se asienta en sólidos sillares y la armazón está lógicamente trabada. Bien pintados los ambientes y mejor trazados los personajes, variados los episodios que convergen siempre al personaje principal. Estilo agradable, correcto, acaso un poco parejo, lo cual se advierte especialmente en los diálogos de una excesiva corrección, pues carecen de la vibración que corresponde al diálogo rápido.

El desenlace trágico de Javier Sánchez no aparece del todo justificado, pues en él aun no se habría producido la disolución moral que justificara una determinación de tal naturaleza. Bien comprendemos que Javier Sánchez tenía su vida signada por un destino fatal, y que, tímido, no fué capaz de vencerse a sí mismo; pero dentro de la realización novelesca parece que faltara algo; acaso un poco de lógica vulgar que evitara la trascendencia del desenlace.

Javier Sánchez es un personaje representativo de la generación del año 1920, en la cual Waldo Urzúa tuvo destacada actuación, generación anárquica, verbalista, intelectualizada por lecturas mal digeridas, y que en algunos casos dió hombres

meritorios e idealistas pero en su mayoría, han devenido en políticos mediocres o en arribistas inescrupulosos. Seguramente, si no se hubiera suicidado Javier Sánchez habría sido lo de uno o lo otro.—MILTON ROSSEL.



BOULDROUD, por *Teófilo Cid*

No escasas personas inteligentes aseguran que el grupo juvenil más interesante de nuestra literatura se tonifica en las tendencias surrealistas. Hay otros que le diagnostican un agresivo silencio que, como tal, no es justo, si se considera que estamos hartos de petulantes simuladores de la inteligencia. Nuestros escritores surrealistas no han carecido de tribuna para manifestarse, ya sea en la Revista Atenea, ya sea en ediciones que, muchas veces, no se prodigan vendiéndose en público. Antes de formular diferencias entre los surrealistas y valorizar a uno frente a sus compañeros, nos interesa la inmaculada agresión del movimiento, el tesón culto de sus componentes y el beneficio que traen a la literatura y a las costumbres, los héroes dispuestos a rectificar la percepción de una realidad. Porque no debe considerarse al surrealismo como un afán excéntrico de esos que emborrachan a los snobs. Nuestros cultores pecan, tal vez, de excesiva parcialidad literaria, y en sus obras nos dan, aún, la impresión de fríos espectadores, sin dramatismo, de una realidad a la que debe fustigarse con pasión trágica.

Quien nos ha revelado una idea de cierto conocimiento humano, ha sido Teófilo Cid, con su libro de cuentos Bouldroud, objeto de este comentario. Existe en estos cuentos, que bien podrían considerarse uno solo, una fruición jugosa no encontrada en otros ejemplares de igual índole. El estilo es culto, flúido, adornado sobriamente de metáforas originales. Pero